

El fin de una imagen

ARRIBA, los de siempre: Allende García-Báxter, presidente de la Compañía y ex ministro, largo ex ministro del franquismo. Antonio Carro, Rafael Díaz Llanos, Antonio Barrera de Irímo, León Herrera y Estaban, ex ministros del franquismo, todos ellos de otra época, pero, como siempre, presidiendo. Abajo, unos cinco mil accionistas, empleados de la Compañía, muchos jubilados, muchas mujeres; y entre unos y otros dos formas de entender la Compañía Telefónica Nacional de España. Era su Junta General del pasado 22 de abril.

Las "matildes", en cuestión. La euforia del "accionariado social", en bancarota. El índice de cotización en Bolsa, a 116; el Banco de España ha tenido que apoyar a la desesperada una ampliación de capital que en lugar de 1x5, como siempre, ha tenido que hacerse a 1x6. Temerosos, los miembros del Consejo de Administración han tenido que retrasar la Junta desde febrero hasta abril. Una vieja imagen del franquismo, "la compañía de todos" se ha derrumbado. Y, sin embargo, los franquistas, los que inventaron la imagen y se beneficiaron de ella, siguen allí, arriba.

Hasta este año, las Juntas habían sido movidas. Críticos espontáneos, algún jubilado para el que el dividendo era un apoyo necesario de la pensión, pedían la palabra para increpar al Consejo. No pasaba nada: con el paternalismo de siempre, con los engaños de toda la vida, una crítica individualizada era ahogada en mares de cifras y de explicaciones técnicas.

Esta vez fue distinto. "Soy accionista y represento a las acciones de los 35.000 trabajadores de Telefónica que adquirieron una participación", dijo Lázaro Cañete, un dirigente de Comisiones Obreras. "Estoy además despedido". Habló claro, de corrido, sin referencias innecesarias. "¿Dónde está la brillante gestión tecnocrática de la Compañía? En esencia se reduce a un hecho: comprar y comprar, sin medida, sin planificación, sin control ninguno. Así, Telefónica, empresa de servicio público, cumple su papel: servir de vehículo para que las multinacionales realicen enormes beneficios, colocando sus productos en las mismas condiciones que ellas imponen".

"Sólo con los 65.134 millones de pesetas invertidos en 1976 se pueden hacer dos trasvases Tajo-Segura, crear alrededor de un millón de puestos escolares".

¿Quién controla este derroche, quién permite que la inversión bru-

ta por línea nueva de servicio sea —en cifras de 1974— un 42,35 por 100 superior a la de Inglaterra? "Un consejo de Administración que nadie nos ha explicado por qué está ahí arriba", diría Cañete.

Fue interrumpido con aplausos varias veces en su breve parlamento. Los accionistas, una mínima representación de los 600.000 que dice tener la Compañía, querían escuchar eso. "Resulta grotesco —se decía en una hoja de CC. OO.— el folleto que este año reparte la Compañía junto a la Memoria". En él se dice sin ningún rubor que la rentabilidad de las acciones ha pasado de un 3,12 en 1971 a 6,10 en 1977, siendo la rentabilidad la relación entre el dividendo cobrado y la inversión realizada. Es elemental que si el dividendo es constante y la inversión realizada baja (por la caída de las cotizaciones) la rentabilidad aumentará.

Uno de los mayores aplausos se los llevó al final cuando dijo que no comprendía las razones por las que, estando exenta de impuestos sobre los edificios de su propiedad, la Compañía se dedicaba sistemáticamente a alquilar locales, pagando así una sobretasa impositiva innecesaria. O cuando denunció los beneficios extraordinarios que se llevaban algunas entidades bancarias —citó al Hispano y a las Cajas de Ahorros—, gracias al sistema de cobro domiciliado. O cuando recordó que el porcentaje de remuneraciones de personal sobre el total de los productos había pasado de ser el 38 por ciento en 1966 al 35 en 1976, a pesar de una elevación salarial del 33 por 100, que a él y a otros diecisiete trabajadores les costó el puesto, en ese mismo año.

En la nota de Comisiones Obreras se pedía la amnistía laboral, se denunciaba la política represiva de la empresa, el mantenimiento artificial de unos representantes que no representan a los trabajadores, el despido de los verdaderos dirigentes. Cañete no tocó estos temas: se dirigió a los pequeños accionistas para denunciar los excesos de la Compañía. Allende tomaba frenéticamente notas a las palabras de Cañete; cuando le tocó contestar fue silbado profusamente.

Algo, y muy serio, se ha roto en el interior de la CTNE. Las acciones bajan y con ello desaparece la escasa confianza que se tenía en los dirigentes. El pasado año los accionistas corearon el nombre de Barrera, pidiendo que fuera presidente. Esta vez ni eso.

Se habla de que se ha empezado a gestar una asociación de pequeños y medianos accionistas de la Telefónica en la que se incluirían

una buena parte de los trabajadores-accionistas. ¿Es la socialización? No, tal vez únicamente un camino para salir del caos. C. E.

"Pueblo"

Una alternativa para el futuro

DESDE hace varios meses el tema "Pueblo" es motivo de indudable actualidad. Un periódico que ha sido durante años el órgano de la CNS, el famoso feudo de Emilio Romero, ha entrado en crisis como consecuencia de las transformaciones que se están operando en el campo sindical. Los primeros que se dieron cuenta de esta crisis y de que era necesario defender el futuro del periódico fueron los propios trabajadores del diario que se organizaron unitariamente con el fin de que no prosperasen toda una serie de iniciativas que tendían a deshacerse de "Pueblo" y pasarlo, con el tiempo, a grupos privados. Con el apoyo de todas las centrales democráticas y con una presión constante desde dentro de la propia empresa, los trabajadores de "Pueblo" han logrado frenar, de momento, los planes de la Ad-

ministración y arrancar una promesa formal de que sus puestos de trabajo, así como el futuro del diario, quedan asegurados. No obstante, lo importante del caso "Pueblo", aparte de lo ya indicado, radica en que es la primera batalla de los trabajadores y los sindicatos democráticos por el patrimonio sindical, para que todos estos bienes sean devueltos a quienes los han pagado con sus cuotas obligatorias. Y este es un tema político de gran envergadura, que está en la base de la propia libertad sindical y de la posibilidad de que las centrales democráticas puedan despegar con fuerza en nuestro país y dejar de sufrir dificultades crónicas. De ello han sido conscientes los trabajadores de "Pueblo" y de ahí su insistencia a que las centrales obreras intervinieran en el asunto. Estas han sido, en general, sensibles al problema y han venido presionando, de diferentes formas, en apoyo de los de

"Pueblo", en cuyo seno —no hay que olvidarlo— tienen bastante implantación. La primera parte de la batalla parece haber terminado con un éxito para los trabajadores en cuanto el ministro de Relaciones Sindicales ha dado ciertas garantías y aquéllos han decidido terminar con su encierro. Ahora se trata de culminar felizmente la segunda parte de la historia, que quizá resulte la más compleja y es la de plantear una alternativa viable al futuro del periódico como órgano de todos los trabajadores. De entrada, "Pueblo" es una parte del patrimonio sindical y su destino irá parejo al de éste; en segundo lugar, dicho patrimonio pertenece al conjunto de los asalariados y no a esta o aquella central sindical; por último, sería de gran importancia que un periódico de esas características pudiera con-



Enrique de la Mata, con los trabajadores de "Pueblo".

vertirse en un órgano de expresión independiente, dentro de una línea sindical democrática clara. Para ello, y como primera providencia, se plantea la intervención de las centrales y de la representación de los trabajadores del periódico en la administración y dirección del mismo a través de un organismo que se creara con ese fin. Los pasos y modalidades concretas para alcanzar ese objetivo tendría que ser negociado con el Gobierno sobre la base de un proyecto de alternativa que las centrales y la representación de "Pueblo" tendrían que elaborar con rapidez. Es cierto que los sindicatos obreros se han unido a la hora de defender a los trabajadores de la empresa, pero ahora tienen que demostrar si son capaces de ponerse de acuerdo en la alternativa de futuro para "Pueblo". De ser así habrían iniciado una experiencia nueva, quizá sin precedentes en el sindicalismo moderno. ■